

Gonzalo Celorio

Las nostalgias del padre

Sandra Lorenzano

*Empiezo posponiendo
Empiezo por la pura suspensión
Por no saber cómo empezar
Empiezo anticipadamente triste...*
TOMÁS SEGOVIA, "Ceremonial del moroso"

No hay duda de que una es una y su circunstancia. Inicío con esta verdad de Perogrullo porque hoy que me siento a corregir y completar el texto que escribí para compartir con ustedes mi lectura de *El metal y la escoria*—texto que he ido escribiendo en la cabeza y en el papel desde que estaba leyendo el libro— hoy, digo (que no es *este* hoy sino *aquel* hoy) es 7 de noviembre. Quizás algunos se pregunten: "¿Y eso qué?". Eso es mucho, es todo, es tal vez lo que explique el tono completo de lo que voy a leerles.

Es 7 de noviembre. Es casi la medianoche de un día doloroso, de un día de tristeza y furia, de indignación. He visto—como todos los que estamos aquí—escenas casi inconcebibles: fragmentos de huesos, pedazos de dientes, ceniza mezclada a la tierra de un basural. Estos son los cuerpos, nos dice alguien. Estos son los 43 estudiantes secuestrados en Ayotzintapa. O pueden serlo. Si no son ellos, no se preocupen, serán otros secuestrados, otros desaparecidos. ¿Qué más da?, nos dice ese alguien con cara de fatiga. Lo repite al infinito en todas las televisiones del país, en todas las pantallas de computadora, en todas las radios. Pedazos de seres humanos, como ustedes, como yo; pedazos irreconocibles, mezclados con su propia ceniza, o con la de otros, qué más da, en un basurero que es de todos, también mío, también de ustedes.

Una es una y su circunstancia. Y después de una tarde de llanto, de furia, de dolor, de enojo, de velas encendidas, re-

cuerdo que es 7 de noviembre, que Tomás Segovia se fue un día como hoy, y pienso que el poeta, que otro poeta, se equivocó, y que noviembre se nos ha vuelto el mes más cruel. Regreso a la pantalla y ahí está Tomás, luminoso, dicharachero, entrañable, seductor, con sus más de ochenta años, sonriéndole a la cámara, sonriéndonos a nosotros, desde un documental que transmiten como homenaje. Él sabía que sí había respuesta a la pregunta de Hölderlin, "¿Para qué poetas en tiempos de penurias?".

Y recupero, entonces, para iniciar este texto sobre el libro más reciente de Gonzalo Celorio, los versos con que abre Tomás su "Ceremonial del moroso":

Empiezo posponiendo
Empiezo por la pura suspensión
Por no saber cómo empezar
Empiezo anticipadamente triste...

Y así, anticipadamente triste, empiezo yo también este texto.

1

¡Qué lástima
que yo no tenga una casa!
Una casa solariega y blasonada,
una casa
en que guardara,
a más de otras cosas raras,
un sillón viejo de cuero, una mesa
[apolillada
y el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla.

Así canta León Felipe, nacido en un pueblo "del que no recuerda nada", a unas



pocas horas de otro, no castellano esta vez, sino de Asturias, donde un muchacho llamado Emeterio un lejano día de 1874 se despidió de sus padres, y sin mirar hacia atrás emprendió con decisión y con algo de miedo, claro está—cómo no tenerlo—, el viaje a América con el que tanto había soñado.

"Qué lástima que yo no tenga el retrato de un mi abuelo que ganara una batalla", canta León Felipe.

"Qué lástima que yo no conociera al mío", dice el nieto de aquel emigrante que de haber imaginado que nunca volvería tal vez habría buscado fijar en el recuerdo lo que estaba dejando atrás. Quién sabe al decir esa palabra "adiós" cuánta separación nos aguarda, escribió alguna vez Ósip Mandelstam y yo tengo tatuadas esas líneas en las entrañas.

Cuánta separación aguardaba a Emeterio: toda una vida; el océano, la pobreza, el trabajo, los matrimonios, los hijos, la fortuna, la soledad, pero sobre todo: el orgullo. Su verdadera herencia. Toda una vida, pero él no lo supo. De haberlo imaginado tal vez habría buscado fijar en el recuerdo a "esa mujer de gruesas carnes, olorosas a pesebre y a morcillas", y al hombre que le dio una caricia enérgica en la nuca como toda despedida. Tal vez habría buscado fijar en el recuerdo las gallinas y el ladrido de los perros, el pozo del agua, el burro que cargaba el maíz, la leña, el olor a estiércol, a "chuchu", dirá una muchacha muchos años después, la casa de pie-

dra, el puente, la lágrima de la niña Crisanta, los rostros del hombre y la mujer cuyos cuerpos quedaron agujereados para siempre.

Qué lástima que yo no supiera nada de ese abuelo que con la vista fija en el porvenir murió 45 años antes de que yo lo conociera, dice el onceavo nieto, el que se parece a todos los demás, el que usa la ropa que usaron sus hermanos, el que va a la escuela a la que van sus hermanos, el que hasta cuando tiene que poner su fotografía en una credencial debe ceder su imagen y dejar que sea otro el que sonría con uniforme de *boy scout*, el que debe tachar los nombres de sus hermanos mayores de los libros de texto cuando llegan a él, y escribir con trazo firme para saber quiénes, su propio nombre: Gonzalo Celorio.

2

Ulises se hizo a la mar. Telémaco, enfermo de orfandad, salió tras él. ¿A quién buscaba en realidad? ¿Al guerrero admirado? ¿Al marido de Penélope? ¿Al que valiente se enfrentó al canto de las sirenas sin sa-

ber —como dijera Kafka tantos siglos más tarde— que peor que el canto es el silencio de las sirenas? ¿A quién?

¿A quién busca Gonzalo Celorio, narrador de esta historia, penúltimo hijo de un hombre que le escribió cartas de amor a su mujer desde el momento en que la conoció hasta el final de sus días, aunque vivieran en la misma ciudad, en la misma casa e incluso pasaran gran parte del día en el mismo mismísimo espacio (respirando el mismo aire, como diría algún boletero)? ¿A quién busca Gonzalo? ¿A quién en esta estirpe de varones: abuelo, padre, tíos, hermanos mayores? Será que las mujeres ahí están, sosteniendo el hogar, sosteniendo la vida, y es a los hombres a quienes el niño tiene que salir a buscar.

Y este libro delicioso, entrañable, conmovedor, melancólico, que algunos han dado en llamar novela, es también una maravillosa bitácora de viaje, de un viaje por la memoria, en la que este Telémaco más bien sedentario —como lo ha contado en alguna otra obra— suma recuerdos familiares a recuerdos personales, va de lo colectivo a lo íntimo para ir dibujando el mapa que lo lleve a encontrar el tesoro de la

memoria. Ese mapa será, como en el cuento de Borges, su propio rostro. Gonzalo viaja a través de recuerdos propios y ajenos para encontrar a su padre y encontrarse así a sí mismo.

Si es cierto que el nombre nos funda, viajará para dejar de ser el “chiquillo de mierda” cuya identidad se le pierde a don Miguel Celorio entre las de los demás hijos, para ganarse rostro y nombre como otros en otras épocas salían a ganar honra o fortuna. Viajará para que el padre finalmente deje de darle la espalda, perdido como está siempre en el maremágnum de su escritorio de niño grande, triste y huérfano, inventor frustrado, y amante esposo, y dándose vuelta lo vea, y al mirarlo le dé existencia real, “lo reconozca. Se reconozca en él” (p. 54).

“Tal vez por eso, la imagen que más recuerdo de mi padre es la de un hombre sentado de espaldas. Un anciano ya, aunque entonces tuviera los mismos años que los que yo tengo ahora que lo evoco; en bata, sin afeitado, cubierta la calva con una boina ancestral, envuelto en el humo de su cigarro y de espaldas al mundo. De espaldas al mundo aunque de frente a su imagi-

© Romina Hierro



Centro de Diseño de Oaxaca, Diseño de interiores de Emiliano Godoy + TUUX

nación, al amor inveterado que le profesó a mi madre, y a su nostalgia, que rumiaba en el silencio de su sordera” (p. 29).

Y este libro, decía, delicioso, entrañable, conmovedor, melancólico, es también una novela de formación, un *Bildungsroman*, que tiene algo de picaresca y mucho de pasión por las palabras y la lectura. Desde *El tesoro de la juventud* hasta *La Regenta*, desde Salgari y Edmundo de Amicis hasta Onetti y Cortázar, la familia literaria de a ratos sustituye a la de sangre.

Como en toda novela de formación hay un hecho clave que marca el paso de la infancia a la vida adulta. En estas páginas ese hecho aparece narrado así:

“A mí ya no me tocó en suerte, más que en muy contadas ocasiones, oír a mi padre. La sordera que sufrió en los últimos años de su vida acabó también por silenciarlo, y murió cuando yo apenas dejaba de ser niño. Y dejé de serlo justamente el día de su muerte” (p. 77).

Cómo se hace para que aquel a quien se veló una noche que nunca podremos olvidar, voltee a vernos, a darnos nombre y rostro.

Ese 15 de junio de 1962, Gonzalo dejó de ser un niño y tal vez fue entonces que intuyó que debía emprender su propio viaje a la semilla. Para ganarse el reconocimiento del padre, y poder, además, estar a la altura, ser digno merecedor —por qué no— del objeto más importante de ese escritorio (padre a su vez, de otro escritorio, el suyo, del que Gonzalo ha hablado en otras páginas también entrañables). ¿Cuál es ese objeto?: “el objeto más significativo, sin duda, era la monumental máquina de escribir Remington, con sus teclas negras y enhiestas, su poderoso rodillo y su cinta bicolor, mitad negra y mitad roja, frente a la cual papá se pasaba horas, cumpliendo la difícil tarea de describir sus inventos y redactar las instrucciones de su funcionamiento. [...] O sobando sus nostalgias en páginas que indefectiblemente acababan en el cesto de papeles” (p. 28).

El hijo debe merecer semejante herencia. En última instancia, ese padre silencioso, fumador empedernido y con bata y pantuflas permanentes, le deja encomendada la tarea de continuar la escritura, continuar “sobando sus nostalgias”. Más allá

de las literarias declaraciones de amor que le enseña su hermano Miguel, el padre le heredará las palabras.

3

¿Qué memoria puede estar a salvo cuando se tiene una bisabuela llamada “Olvido”? Contra el destino cifrado en ese nombre, Gonzalo hace de su escritura una trinchera, y por eso escribe y guarda listas, como si fueran amuletos contra el avance del vacío. Ese vacío que convirtió a Benito, el más memorioso de sus hermanos, sólo en un rostro de ojos sorprendidos y sonrisa fugitiva. Listas y más listas: las casas en las que vivió, los libros que leyó, las mujeres que amó, las palabras que suele olvidar, los medicamentos que debe tomar...

Y por eso, justamente por eso, escribe novelas, porque si algún malhadado día dejara de recordar las listas y las casas y los números telefónicos, y la sonrisa de sus hijos, y la piel de las mujeres, y las pastillas para el corazón, y el silencio del padre, y los brazos en jarra —tan cubanos— de la madre, y los primeros renglones de *Paradiso*, y las voces que encierra el mar Cantábrico, y los secretos de su biblioteca, y qué pasó en la sala de la casa de la calle Cedros, y del Hotel Papagayo, y de la Nicaragua de Eduardo, y de los jueves en el Covadonga. Si un malhadado día algo así llegara a suceder, sería la propia novela, la propia escritura la que se encargaría de recordarle todo. Porque la novela —que casi con exceso de confianza le habla de tú al autor— es lo más cercano que conocemos al dios de Borges, ese dios que aparece en el poema elegido como epígrafe de manera nada casual:

Sólo una cosa no hay, es el olvido.

Dios, que salva el metal, salva la escoria
Y cifra en Su profética memoria

Las lunas que serán y las que han sido.
 (“Everness”)

Y aquí, en este libro —y lo digo una vez más— delicioso, entrañable, conmovedor, melancólico, está el metal y está la escoria, están el universo, los crepúsculos y los espejos.

Tres lindas cubanas empezaba, a pesar de estar dedicado a la familia materna, con ese padre que hay que conquistar, seducir, admirar, merecer. Don Miguel Celorio Carmona, hijo de Emeterio Celorio Santoveña y padre de Gonzalo Celorio Blasco. Con él empiezan también estas nuevas páginas.

Y en ambos, tanto en aquel como en este, Gonzalo cierra el relato con la imagen de la madre.

Afortunadamente, la escritura existe también para que sigan con vida nuestros seres queridos. Para tenerlos con nosotros siempre. Por eso si en *Tres lindas cubanas* era la tristísima escena de la muerte de la madre la última que allí aparecía —“Cómo hubiera querido —escribe— que sólo estuviera dormida. Descansa, mamá. Ha llegado la hora del pan y del aceite” (*Tres lindas cubanas*, p. 378)—, en *El metal y la escoria* Virginia Blasco cerrará la novela a través de la cancioncita “china” que acompañaba siempre las cosquillas que recibía el pequeño Gonzalo y que forman parte de la intimidad más maravillosa.

Ti mi lu

La mi lu

Pam pam ti mi la

Pa de la de lu

Con co lu la ba ya (p. 314)

Entre el principio de la primera novela y este final, Gonzalo Celorio Blasco, con rostro y nombre propios ganados a pura voluntad de escritura, nos ha regalado un entrañable amuleto de palabras.

Quisiera terminar retomando el “Ceremonial del moroso”, con que inicié estas páginas. A modo de epígrafe copié los primeros versos del poema de Tomás Segovia; como cierre me gustaría compartir los últimos:

...Y así por siempre lo que deja dicho
Con la sed de decir seguirá ardiendo.

¿Puede haber mejor deseo para un escritor? Felicidades, Gonzalo Celorio. **U**

Texto leído en la presentación de la novela de Gonzalo Celorio, *El metal y la escoria* (Tusquets, México, 2014), en el Palacio de Bellas Artes el 9 de noviembre de 2014.